

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscription.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 td.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales.
Redacción: Plaza San Agustín 7.—Administración, Medinas, 4.—Teléfono 237.

Conditions.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París Mr. Ar Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fike, 21-Pak. Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 48 49.—La correspondencia al Administrador.

Los españoles en Méjico

La situación de Méjico empeora por momentos. Los telegramas de los periódicos producen penosa impresión, reveladora del desasosiego que se deja sentir en todas partes por la suerte que puedan correr los extranjeros allí residentes.

Y de éstos, los amenazados con mayores peligros son los españoles, que no obstante son los elementos de mayor valía con que cuenta aquella República, por haber contribuido con sus iniciativas y con su trabajo al engrandecimiento nacional.

Perseguidos por los revolucionarios pasan una crisis angustiosa y con ellos se cometen toda clase de represalias y tropelías, hasta el punto de ser fusilados por el solo hecho de ser súbditos del pueblo hispano.

Y conste que no decimos esto á humo de paja.

En la Asociación de la Prensa de Madrid se ha recibido una carta del presidente de la Cámara de Comercio Española, relatando tal cúmulo de actos crueles cometidos con los españoles, que bien merecen la atención de los Gobiernos para evitar tal estado de cosas.

Según el documento de referencia, Villa ha manifestado siempre odio á los españoles, á quienes en toda ocasión ha perseguido con crueldad.

Cuando entró en Chihuahua, su primera disposición fué despojar á todos los españoles de sus bienes, secuestrándolos provisionalmente con sus familias, y no les permitió salir sino á instancias y mediante amenazas de los cónsules extranjeros, no dejándoles sacar de cuanto poseían más que un exiguo equipaje.

Este hombre, sanguinario y astuto, ha difundido entre sus gentes la especie de que los españoles son todos enemigos de la revolución, y es que, como los españoles poseen cuantiosos bienes en las ciudades y en los campos y son los verdaderos impulsores de la riqueza mejicana, se necesitaba un pretexto para despojarlos.

Por eso los asesinatos y despojos de españoles, cometidos por los revolucionarios, suman una cifra aterradora, y de ellos está haciendo una Memoria documentada la Cámara Española de Comercio.

Se ha llegado hasta el caso inaudito de que no teniendo noticias algunos españoles, diseminados por las haciendas algodoneras, de la evacuación de la plaza de Torreón, fueran víctimas de las huestes del general Villa, unos en sus intereses y otros en sus vidas, de una manera cruel y despiadada, no existiendo otro motivo para tratar así á nuestros compatriotas que el odio y la inquina de aquellas hordas á todo lo español.

De aquí que en los párrafos finales de su interesante documento el presidente de aquella Cámara de Comercio haga un llamamiento al patriotismo de la Prensa española, y resume de este modo la situación de nuestros compatriotas en Méjico:

«Los revolucionarios nos toban y asesinan, y el Gobierno federal nos favorece y presta ayuda; pero si la Prensa de nuestra nación sigue combatiendo con violencia al Gobierno mejicano, no sería extraño que éste, á su vez, tratara á los españoles con hostilidad, y entonces se habría hecho absolutamente insostenible nuestra situación en esta República.»

De Sociedad

A nuestro querido amigo el teniente coronel de la Guardia Civil, que en la actualidad presta sus servicios en Ceuta, don Manuel Alvarez Caparrós, le ha sido concedida la Cruz Roja de segunda clase del mérito militar, por los relevantes servicios que viene prestando en Ceuta.

Nuestra enhorabuena.

Nuestro querido amigo y contertulio el distinguido médico don Felix Navas San Juan, ha salido en excursión científica para Madrid, Zaragoza y Barcelona.

Le deseamos un feliz viaje.

Mañana tarde á las tres se celebrará en la capilla del Cuartel donde se alojan las fuerzas del regimiento de Sevilla, el matrimonial enlace de la bella y distinguida señorita María de la Natividad Cortiis Riera, hija del Coronel de dicho regimiento nuestro respetable amigo don Salvador, con el joven teniente de la guardia civil don José María del Real.

Reciban los futuros esposos por adelantado nuestra enhorabuena.

Ha salido para Madrid nuestro querido amigo el Ingeniero Jefe de las Obras del Puerto don Francisco Albacete.

Tenemos entendido que el Real Club de Regatas organizara un baile en honor de los señores alumnos de Artillería y escuela de Ingenieros, que se encuentran en esta ciudad en viaje de práctica.

Un crédito

Madrid 22-9 m.

Autorizadamente se asegura que en breve se pedirá á las Cortes un crédito de cien millones de pesetas, destinado á realizar obras públicas en la zona sometida á la influencia española en Marruecos.

AL RETORNAR A ESPAÑA

La tristeza de la juventud

La política, ó lo que en España se ha convenido en llamar la política, ofrece poco interés para quienes llegamos á nuestra patria luego de una prolongada estancia en el extranjero. Nos llena de emoción el paisaje. Las piedras agudas y hostiles de las calles de Madrid nos hieren el alma al mismo tiempo que nos destrozan los pies. Acongojase nuestro espíritu ante la mezquindad de las construcciones urbanas, ante la pobreza de la vida económica y la penuria de temas sociales sujetos á examen y discusión. Las reservas de energía que habíamos hecho en el rincón de la ciudad extraña, en nuestros días de soledad y de meditación, se nos van sin saber cómo; nuestra acometividad se atenúa, las aristas agudas y afiladas de nuestra personalidad se disuelven en el ambiente letal; y este Madrid polvoriento, seco, nos da toda la fragancia de espíritu en tres tardes: tarde de procepción—mujeres de cuello corto con mantillas negras; el Cristo de Medinaceli, seguido por los lacayos de calzón y peluca empolvada, ó el de los Guardias Reales, en cuyas alabadas se posa como un pájaro áureo, el sol; el alarde marcial de las cornetas en una calle estrecha que prolonga las resonancias; tarde de toros caliginosa; todos de lona sobre la acera de los cafés y floristas

De extrangis

¡EL MAR!

(SONETO)

Lame, dócil y manso, la ribera;
estréllase en las rocas, agresivo;
se deshace en espuma lisonjera;
álzase, contra el cielo, vengativo.
Ya desliza su murria, su cansera,
en un lánguido arrullo fugitivo;
ya insinúa, en su audacia vocinglera,
la incurable tristeza del cautivo.
Ora, hirviente, es pasión, furia, sollozo,
voracidad, incua, del deseo;
ora, quieto, es pudor, caricia, gozo,
desmayos y ternuras de himeneo.
¡Oh mar, en tu grandeza hospitalaria,
flota, muda, la férvida plegaria!

X, Y, Z.

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

que venden claveles olorosos, y coches con ruido de cascabeles; en la imperial va un hombre gordo y optimista, fumando un enorme cigarrillo, rutilantes de pedrerías las manos, la corbata, la cadena del reloj, retorciéndose los pelos de un lunar facial, lleno de jactancia y de insolencia; melancolía de la villa en las horas de la lidia; sombra azul de ciertos muros; penetrante aroma de flores salvajes y de tierra mojada, en ciertas glorietas de plaza provincial; fantasmagoría de las luminarias urbanas que se van alumbrando por hileras entre los árboles, ó sobre el fondo opalino del crepúsculo; música desgarradora de los violines de estos ciegos que parecen mirar al infinito con sus ojos sin luz... Tarde del Ateneo, penumbra de los oscuros salones; un pájaro asustadizo que pía en la rama de una acacia, cerca del abierto ventanal; el piano de esa mujer á quien jamás hemos conocido, y que hace tres, cinco años, ponía ya un comentario musical á nuestros sueños de este mismo sitio y de esta misma hora vespéral; y luego, los amigos queridos ó admirados: este prosista, por cuyas páginas serenas, diáfanas, ha bogado como un cisne con las alas abiertas nuestra alma; ahora habla apenas, desconfiado tal vez; es diputado conservador; este poeta de las mujeres, ruidoso, atrabiliario, cuyo tesoro lírico no ha sido cegado por la terrible tarea del periodismo cotidiano; este cronista preciosista, mosquetero, galán joven, á quien sonrían con igual gesto adulador las actrices y los parlamentarios; todos estos muchachos, pe-idistas, catedráticos, que han llegado á la treintena como nosotros, que han caminado un instante en la vida por nuestra misma senda, y que esta tarde, como nosotros; callan hundidos en su sillón, después de algunas palabras más cordiales que nunca, callan reflexionando, mirando á través del ventanal abierto, cómo se encienden y fulgurán una tras otra, dos, cuatro, diez estrellas, en la profundidad azulada, angustiosa por insondable, de este cielo de España...

Goteras

Varios comerciantes que expenden las cuartas de azúcar blanca ó morena con menos gramos, van á pedir á Sánchez Guerra que nombre á Apoli para el desempeño de la Alcaldía.

¡Dios nos coja confesados!

Pepe, el fracasado en las últimas elecciones de diputados á Cortes, ha sido invitado por el papá de los Castaños á una excursión campestre en la rambla de Benipilas.

No habrá discursos patrióticos, y en cambio se repartirá entre los comensales «torraos pasaos» y avellanas americanas.

Para que el anfitrión no se moleste, queda prohibido en absoluto el atún de tronco y los pasteles de Severino.

Pepe, el que ya no va á ninguna parte, está cariacontecido porque su autoridad política-popular, la han tomado á chacota y nadie le discute formalmente.

¡Ya era tiempo!

El periódico «La Tierra», imitando al «Socialista» de Madrid, va á recurrir á las clases obreras pidiendo pesetas para los gastos de tirada, pues con las bajas que tiene va á declararse en quiebra.

¡No te peles «pa» qué!

No comprende el matutino de la Puerta de Murcia que bastante contribuyen algunos con las subvenciones de Julio?

¡Y si no que se lo pregunten á los cabreros.

ANGORTE.

En honor de D. Ricardo Codorniu

Suscripción popular para regalar las insignias de la Gran Cruz del Mérito Agrícola al Excmo. Sr. don Ricardo Codorniu.

Suma anterior	116
Don José Escámez	2
Francisco Escámez	2
Mariano Rojo	1
Antonio Serrano	1
José Saenz de Tejada	1
José Ant.º Sánchez Arias	1

Total: ptas. 124
(Continuará).

Cotización y cambios

PLOMO, 17-18.9.
PLATA, 29.
ZINC, 21-12.6.

INTERIOR, 79'35
PARIS, 6'05.
LONDRES, 26'68

En la reunión celebrada ayer por la Junta de fundidores se han acordado los siguientes precios para los minerales carbonatos de Linarres:

Carbonatos: 50 por 100 á Rvn. 24'00 quinta.

Los tipos de plomo que excedan de dicho 50 ojo de plomo á Rvn. 77'00 el tipo.

La plata excedente de la 1.ª medida onza por qql. de plomo á Rvn. 11'00 la onza.

En su último número señala «La Gaceta Minera y Comercial» el peso del quintal de plomo en depósito de embarque á 78 reales, 75 céntimos, y 11 reales 25 céntimos para la onza de plata.

Industriales italianos

Madrid 22-9 m.

Dicen de Barcelona que llegaron os industriales italianos, haciéndose un grandioso recibimiento.

Por la tarde visitaron el Ayuntamiento, siendo recibidos por el alcalde y varios concejales.

Con tal motivo, se cruzaron discursos afectuosos para Italia y España.

Después, los italianos visitaron varias fábricas.

Teatro Principal

El Imparcial de Madrid ocupándose de los notables artistas Mille Palermo y Chelalo que el próximo sábado harán su presentación en este coliseo dijo lo siguiente:

Casi sin anuncio, y desde luego sin el gran reclamo previo que suele hacerse á esta clase de espectáculos, nos ha ofrecido la Empresa de Apolo una verdadera «atracción», consagrada por el aplauso de los más cultos públicos de fuera de España, cuyo fallo se confirmó ayer plenamente en las funciones de presentación, celebradas por tarde y noche con muy buenas entradas.

La pareja de ilusionistas Chelalo-Palermo es una de las más notables que han pasado por Madrid. Está constituida por una arrogante y bellísima mujer, en quien el arte, con ser mucho, no es nada junto al encanto de la hermosa escultura de carne, y un hombre de habilidad extraordinaria en los escamoteos, trucos incomprensibles y toda clase de sorpresas deslumbrantes que han hecho la celebridad de Rosco, Watry, el Conde Patrizio y tantos otros dueños y señores del mundo fantástico del ilusionismo.

El repertorio de los dos artistas á quienes secunda un personal numeroso y también digno de aplauso en su trabajo auxiliar—es tan variado como selecto y divertido.

Desde los más sencillos juegos, ejecutados con los naipes, hasta el escamoteo en forma nueva y originalísima de personas de carne y hueso, la pareja Chelalo-Palermo supo ayer entretener durante cerca de una hora al público de Apolo, con su espectáculo titulado «El jardín de los misterios».

UNA VISITA

Los alumnos del sexto año de la Escuela de Ingenieros de minas que se encuentran en esta ciudad efectuando el viaje de prácticas, han visitado esta mañana la fábrica de Explotación de la Compañía Pefarroya situada en el barrio de Santa Lucía.

Dichos alumnos acompañados de sus profesores D. Angel Herrero de Tejada y D. Antonio Montenegro han recorrido todas las dependencias de tan importante fábrica.

NOT